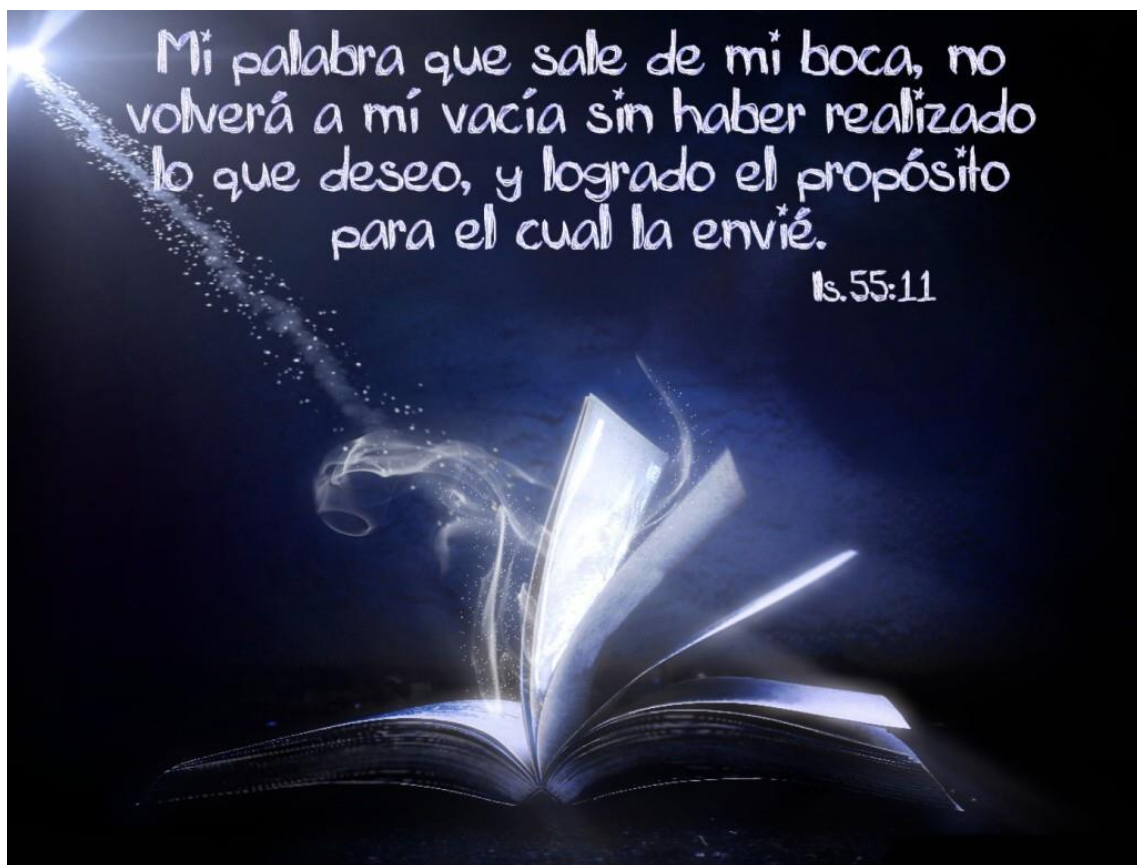


**A LOS FIELES DE RIBADUMIA Y LEIRO, DON
DOSITEO VALIÑAS FERNÁNDEZ Y GUMERSINDO
CAMBA GONZÁLEZ, CON AFECTO**



VILLANUEVA DE AROSA, 03/05/2016

DON DOSITEO VALIÑAS FERNÁNDEZ

Y

GUMERSINDO CAMBA GONZÁLEZ

La comunicación entre las personas es una necesidad y al mismo tiempo es muy gratificante. ¿Y la comunicación con Dios?

Cuando las personas se conocen y confían abren su corazón y no tienen reparo en expresar sus sentimientos más profundos.

Hay que respetar siempre a las personas y esto conlleva también respetar su manera de pensar, su modo de interpretar la vida, sus sentimientos, pero no significa que uno tenga que aceptar su concepción de la vida, uno debe exponer sus puntos de vista y en este diálogo intentar encontrar la verdad.

Hoy si se les pregunta a las personas, si creen en Dios, en general todas dicen que sí, aunque con algunos matices. Cuando se les pregunta si van a Misa la contestación es que no, la razón es que se aburren, que la Misa no les dice nada y uno se queda sin habla, pero la realidad es esa. El hombre ordinariamente obra por motivaciones y si la Misa no les dice nada, la motivación es nula, “es perder el tiempo”.

No obstante, de momento, las personas quieren bautizar a sus hijos, casarse por la Iglesia, y cuando le muere un

familiar van a Misa, ¿Rezan? Todo esto es fruto de una cultura recibida, que se está perdiendo y los enemigos de la fe quieren cambiar nuestra cultura, con mucho interés.

Si se les pregunta ¿Qué sentido tiene el dolor? Contestan que el sufrir es una cosa natural, un castigo, no entienden el significado del dolor, como algo trascendente. Los malos son los más favorecidos, siempre encuentran solución a los problemas, en cambio cuando uno obra rectamente la vida le golpea. El sentido del sufrimiento no lo conocen, desde una perspectiva cristiana.

Todos creen en Dios, pero el Dios de la Biblia es desconocido para la mayoría de las personas cristianas, incluso practicantes. Esto significa que hay una necesidad de cultura religiosa. Sin cultura religiosa las personas se encuentran desprotegidas, no tienen a que agarrarse en los momentos difíciles de la vida. Cuando la vida nos zarandea de una forma violenta, sin compasión, sólo el que tiene fe, confianza en la Providencia y ve la vida como un camino que lleva a la eternidad, puede encontrar la paz y la alegría de seguir viviendo.

El creyente dice: Dios es mi Padre, yo no entiendo nada, Dios lo sabe todo, Dios me quiere y me ayudará, porque existe la Providencia. Esto si se dice con fe da paz y seguridad, a pesar de las contradicciones.

El creyente debe conocer los motivos y las razones por las que cree y da culto a Dios, por eso la necesidad de formación de nuestros fieles.

Sin cultura religiosa muy poco podemos avanzar en la vida espiritual, si no sentimos a Dios en nuestra vida, la fe se tambalea, a merced de los tiempos.

Por todas estas razones ofrecemos, de corazón, a los fieles de Ribadumia y Leiro, este folleto, con el deseo de que les sirva para descubrir la necesidad de comunicarnos con Dios, con los hermanos, la alegría de sentirse querido por Dios, la alegría de tener la fe, que nos transmitieron nuestros antepasados con tanto amor.

LA ALEGRÍA DE DEJARSE SALVAR POR JESUCRISTO

El Santo Padre Papa Francisco dice en la Alegría del Evangelio:

1. La alegría del Evangelio llena el corazón y la vida entera de los que se encuentran con Jesús. Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento. Con Jesucristo siempre nace y renace la alegría. En esta Exhortación quiero dirigirme a los fieles cristianos para invitarlos a una nueva etapa evangelizadora marcada por esa alegría, e indicar caminos para la marcha de la Iglesia en los próximos años

La salvación es lo más importante, lo único importante para nosotros, es para toda la eternidad y nuestro destino es la eternidad feliz. Es importante nuestra salvación, basta ver lo que le costó a Jesucristo

salvarnos. Hemos sido creados por Dios para vivir una eternidad feliz con Dios.

¿Por qué Dios tiene tanto interés en salvarnos? Sencillamente porque somos su obra, su imagen, que quedó rota por el pecado. Cuando unos padres tienen la desgracia de que un hijo suyo tiene un accidente, dicen tuvimos una desgracia, un gran disgusto, nuestro hijo está en el hospital. Vamos intentar salvarlo. Si eso hacemos nosotros, qué no hará Dios, infinitamente misericordioso.

JESUCRISTO Y NUESTRA SALVACIÓN

A nosotros la salvación nos cuesta poco, es suficiente dejar entrar a Dios en nuestra vida, aceptar a Dios en nuestra vida. Esta actitud nos hará felices.

La salvación es obra de la Santísima Trinidad. El Padre envía a su Hijo al mundo para salvar al mundo. Jesucristo muere por salvarnos en la cruz, nuestra salvación le costó mucho. Después de resucitado está cuarenta días con sus discípulos, de forma visible, dándoles ánimo y confirmándoles en el mensaje, pero su obra la completará el Espíritu Santo, que enviará después de su Ascensión a los cielos.

NUESTRA SALVACIÓN ES OBRA DE LAS TRES DIVINAS PERSONAS



Decimos que nos salvó Jesucristo, porque fue la segunda persona de la Santísima Trinidad, quien se hizo hombre, quien ofreció su vida entera a Dios para comunicarnos nuevamente la vida de Dios y reparar el daño causado por el pecado.

Vino el Señor a regenerarnos, a curar nuestras heridas, a facilitarnos nuestra salvación y no reparó en sufrimientos, hasta morir en una cruz, ofreciendo su vida a Dios por nosotros ¿Cómo vamos a dudar de su misericordia? La mayor alegría para Él es ver que nos convertimos.



PADRE NUESTRO QUE ESTÁS EN LOS CIELOS, SANTIFICADO SEA TU NOMBRE, VENGA A NOSOTROS TU REINO, HÁGASE TU VOLUNTAD ASÍ EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO.

TENEMOS UN PADRE QUE NOS AMA CON TODO SU CORAZÓN Y ENVIÓ A SU HIJO AL MUNDO PARA SALVARNOS, GRACIAS, PADRE.



Espíritu Santo: Te consagro mi alma, con todas sus facultades, para que sea tu templo y tu oasis.

Te consagro mi memoria para recordar tus grandezas, las palabras de Jesús y la pasión de Jesús.

Espíritu Santo: Te consagro mis sentidos para que me sirvan para amar a Jesús y sacrificarme por Él.

Espíritu Santo: Te consagro mis ojos para que siempre miren a Jesús.

Espíritu Santo: Te consagro mis oídos para estar atento a tus divinas inspiraciones. Te consagro toda mi vida.

DIOS NOS FACILITÓ MUCHO LA SALVACIÓN

LA PALABRA DE DIOS TAMBIÉN SALVA

La liturgia de la Palabra nos invita a la conversión, a aceptar a Dios en nuestra vida, a abrirnos a la gracia de Dios que viene a salvarnos. El Papa Pio XII refiriéndose a la liturgia dice: “La liturgia es la reactualización de los actos redentores de Cristo”. Pero es imprescindible la conversión a Dios para que Dios se haga realidad en nosotros.

Las dos partes de la Eucaristía: La liturgia de la Palabra y la Eucaristía están íntimamente unidas y ambas constituyen un solo acto de culto.

El Papa Benedicto XVI nos dice que el rito no salva, quien nos salva es Jesucristo, si nos dejamos salvar. El rito nos invita a la conversión y entonces es cuando la acción de Cristo Redentor se realiza en nosotros, transformándonos real y físicamente. Cambiamos nuestro modo de pensar, de ver la vida, de actuar en la vida y así, con la gracia de Dios, somos capaces de perdonar a nuestros enemigos. El orgullo se transforma en humildad, el egoísmo en servicio, en generosidad, nos hacemos “hombres nuevos”. Con nuestra conversión damos cabida a Dios en nuestra vida, “el reino de Dios está dentro de vosotros”, “buscad primero el Reino de Dios y su justicia y lo demás se os dará por añadidura”.

LA CONVERSIÓN DEBE SER CONTINUA

La conversión no es una vez en la vida, necesitamos convertirnos todos los días, y muchas veces al día. Nuestra pereza, el mal humor, la ira, la envidia, la falta

de entrega, todo necesita purificación, hasta llegar a parecernos un poco a la persona de Jesús, convertirnos en hombres nuevos. Con la gracia de Dios todo lo podemos hacer con alegría.

En realidad de lo que se trata en la vida del cristiano es parecerse, al menos un poco, a Jesucristo. Y el que intenta parecerse a Jesucristo, lo consigue. Al final de la vida está la recompensa, también aquí recibimos un premio al esfuerzo, sentirse querido y amado por Dios, protegido por Dios, en medio de los problemas de la vida, es un gran alivio, siempre como premio está la paz y la alegría interior.

LOS GESTOS EN LA LITURGIA

Los gestos, lo externo en la liturgia es muy importante, pero esta acción externa debe estar dirigida e iluminada por nuestra espiritualidad. Debe el corazón del hombre, en la acción litúrgica, abrirse a la gracia de Dios, dejar un espacio importante, de nuestro corazón, a la acción de Dios.

Vagaggini resume el plan de Dios sobre los hombres: “El sentido de la historia sagrada no es otro sino el de comunicar la vida divina a los hombres; y esto se realiza concretándose todo en el misterio de Cristo, el cual misterio consiste en el hecho de que Dios, volcando en Cristo la plenitud de la vida divina, une a los hombres a sí en Cristo, en cuanto Cristo comunica a los mismos la vida divina de la que estaba lleno; finalmente el sentido de la historia sagrada y del misterio d Cristo, durante el tiempo de pentecostés a la parusía, se realiza en el misterio de la Iglesia, ser divino-humano, constituido

puerto único de salvación, en el cual y por medio del cual se realiza la comunión de la vida divina que Cristo transmite a los hombres, dándoles su espíritu y uniéndolos consigo y con el Padre.

El hombre, apartado de Dios por el pecado, es ordenado nuevamente a Dios por Cristo, quien para continuar su vida sacerdotal en el mundo instituyó el sacerdocio jerárquico.

EL SACERDOTE ES UN INSTRUMENTO EN MANOS DE DIOS

En la acción litúrgica es Dios el que actúa en las almas el misterio de Cristo. La salvación del hombre consiste, ante todo en que el hombre no ponga obstáculos a la obra de Dios, en sintonizar con el misterio de Cristo, dejarse atraer por Cristo.

Pio XII, en la Mediator Dei, considera la obra redentora de Cristo como una actividad sacerdotal.

Cristo para continuar en el mundo su acción salvadora instituyó el sacerdocio jerárquico.

Cristo está presente en la acción litúrgica con una presencia singular. Cristo se prolonga a través de los actos de culto. Por eso, la celebración litúrgica no sólo nos aplica los efectos de la redención, sino que reactualiza los actos redentores de Cristo, la misma redención, para que nosotros quedemos insertados en ella y seamos santificados y salvados.

Pio XII dice respecto del año litúrgico: No es una fría e inerte representación que pertenece a tiempos pasados, ni un simple y desnudo recuerdo de una edad pretérita, sino más bien es Cristo mismo, que persevera en su Iglesia, y que prosigue aquel camino de inmensa misericordia que inició en esta vida mortal cuando pasaba haciendo el bien, con el bondadosísimo fin de que las almas de los hombres se pongan en contacto con sus misterios, y por ellos vivan.

El fundamento de la eficacia de la acción litúrgica está precisamente en la presencia de Cristo en ella.

Los gestos, el signo, el rito, deben ser un medio, un instrumento: A través de lo externo, de lo humano, hemos de ir a lo divino, a través de lo visible a lo invisible, de la acción a la contemplación, de lo presente a lo futuro, a la Jerusalén celeste. “Felipe, quien me ve a mi ve también a mi Padre (Jo. 14, 7-9). La Iglesia nos muestra a Cristo por la acción litúrgica y nos lo comunica. La Iglesia debe ser un signo eficaz de una realidad sobrenatural.

Esta acción salvadora de Cristo, de reconciliación, de unión de los hombres con Dios, la realizó Cristo con su pasión, la cruz del Calvario, por eso San Pablo dice a los Corintios: Nunca me precié de saber otra cosa, sino a Jesucristo y éste crucificado.

Cuando decimos que Dios santifica al hombre queremos decir que Dios lo transforma real y físicamente en su ser, haciéndolo partícipe de su propio modo de ser y de obrar. Esta transformación no se realiza sin los sacramentos. Estos son instrumentos reales y canales reales de la gracia y producen realmente aquello que

significan. Es una acción del mismo Cristo, que asocia a sí a la Iglesia, de tal forma que el culto de la Iglesia y el culto de Cristo es uno solo.

En toda acción litúrgica Cristo siempre está en primer plano. Cristo es quien ofrece el sacrificio de la misa, quien santifica y distribuye las gracias en los sacramentos. La Iglesia de Cristo, sus ministros, sus fieles, son en liturgia como la sombra que Cristo arrastra tras sí. A todos los cubre Cristo consigo mismo, los identifica Cristo consigo mismo. El Padre mira a la liturgia como cosa de Cristo, de ahí que podamos aceptar que nuestras oraciones, intenciones siempre son escuchadas, porque las hacemos a través de Cristo. Cristo pide con nosotros, ora con nosotros. Es Cristo quien se ofrece al Padre por medio de nosotros, ahí están presentes nuestras miserias, también todo lo bueno que tenemos y se lo ofrecemos a Dios por medio de Jesucristo. La eficacia de la liturgia no depende de nuestra santidad se fundamenta en Cristo.

En la carta que escribió San Pablo a Timoteo dice: La oblación es la misma, ya la haga Palo o Pedro. Así tenemos a San Agustín que dice: Pedro bautiza, es Cristo quien bautiza, Pablo bautiza es Cristo quien bautiza.

Cristo es el gran sacramento. Lo divino bajó totalmente a lo humano y lo humano se encontró totalmente con lo divino. La Iglesia, instrumento de Cristo, para salvarnos es divina y al mismo tiempo es humana, es visible y al mismo tiempo invisible, está presente la gracia, la acción salvadora de Dios, realidades que no podemos ver con los ojos de la carne.

El centro de toda acción litúrgica, el culmen, es la Eucaristía. Es doctrina de la Iglesia, en toda acción litúrgica, el actor principal es Cristo, así cuando el sacerdote perdona los pecados es Cristo quien los perdona a través del Sacerdote, cuando bautiza es Cristo quien bautiza y le confiere la gracia de incorporarse a Cristo y a su Iglesia ese niño o esa niña. El sacerdote es un instrumento de Cristo. Cuando se convierte el pan y el vino en la sangre y en el cuerpo de Cristo es Cristo, que se vale del Sacerdote para realizar este misterio.

“En la Iglesia antigua existía la costumbre de que el Obispo o el sacerdote después de la homilía exhortara a los creyentes exclamando: “*Conversi ad Dominum*” –volveos ahora hacia el Señor.

Jesucristo ha sido muy generoso con nosotros, la salvación, mi salvación supuso mucho sufrimiento para Jesucristo, sudor y sangre, a mí me cuesta muy poco, dejar a Dios entrar en mi corazón, pedirle perdón, convertirme y manifestar al confesor mis pecados graves, y el sacerdote poniendo a disposición de Dios su boca, sus manos, su lengua, su memoria, me da el perdón en nombre de Dios y Dios se olvida para siempre de mis pecados.

No dejes para mañana tu conversión, estamos en el año de la misericordia divina, déjate salvar por Jesucristo.



No se anuncia el Evangelio para convencer con palabras sabias sino con humildad, porque la fuerza de la Palabra de Dios es Jesús mismo

(Ciudad del Vaticano, 01 de septiembre de 2014)

No se anuncia el Evangelio para convencer con palabras sabias, sino con la humildad, porque la fuerza de **la Palabra de Dios es Jesús mismo y sólo quien tiene un corazón abierto lo acoge**. Es cuanto dijo, el Papa Francisco, al reanudar, tras la pausa del verano europeo, la Misa matutina con la participación de algunos fieles en la capilla de la Casa de Santa Marta.

Comentando las lecturas del día, el Santo Padre explicó lo que significa la Palabra de Dios y como acogerla. Y destacó que **San Pablo recuerda a los Corintios que no anunció**

el Evangelio basándose en discursos persuasivos de sabiduría:



Pablo dice: Pero, yo no he venido entre ustedes para convencerlos con argumentos, con palabras, o incluso con bellas figuras... No.

Yo he venido de otro modo, con otro estilo. He venido sobre la manifestación del Espíritu y de su poder. Para que su fe no estuviera fundada en la sabiduría humana, sino en el poder de Dios. De este modo, la Palabra de Dios es una cosa diferente, una cosa que no es igual a una palabra humana, a una palabra sabia, a una palabra científica, a una palabra filosófica... no: es otra cosa. Viene de otro modo.

Es cuanto sucede con Jesús, cuando comenta las Escrituras en la Sinagoga de Nazaret, donde había crecido. Sus vecinos, inicialmente, lo admiran por sus palabras, pero después se enfurecen y tratan de matarlo: Pasaron de una parte a la otra precisamente porque la Palabra de Dios es una cosa diversa con respecto a la palabra humana. En efecto, Dios nos habla en el Hijo, es decir, **la Palabra de Dios es Jesús, Jesús mismo** y Jesús es motivo de escándalo.

La Cruz de Cristo escandaliza.

Sí, escandaliza, y esa es la fuerza de la Palabra de Dios



Jesucristo, el Señor. ¿Y cómo debemos recibir la Palabra de Dios? Como se recibe a Jesucristo. La Iglesia nos dice que Jesús está presente en la Escritura, en su Palabra.

Por esta razón es tan importante “leer durante la jornada un pasaje del Evangelio: ¿Para qué? ¿Para aprender? ¡No! Para encontrar a Jesús, porque Jesús está precisamente en Su Palabra, en su Evangelio. Cada vez que yo leo el Evangelio, encuentro a Jesús. ¿Pero cómo recibo esta Palabra? Eh, se la debe recibir como se recibe a Jesús, es decir, con el corazón abierto, con el corazón humilde, con el espíritu de las Bienaventuranzas. Porque Jesús ha venido así, en la humildad. Ha venido en la pobreza. Ha venido con la unción del Espíritu Santo.

Él es la fuerza, es Palabra de Dios porque está ungido por el Espíritu Santo. También nosotros, si queremos escuchar y recibir la Palabra de Dios, debemos rezar al Espíritu Santo y pedir esta unción del corazón, que es la unción de las Bienaventuranzas. Un corazón como es el corazón de las Bienaventuranzas:

Nos hará bien hoy, durante la jornada, preguntarnos: Pero, ¿cómo recibo, yo, la Palabra de Dios? ¿Cómo una cosa interesante? Ah, el sacerdote hoy ha predicado esto... ¡pero qué interesante! ¡Qué sabio este padre!, o la recibo así, sencillamente ¿porque Su Palabra es Jesús vivo? Y soy capaz (¡atentos a la pregunta!) ¿soy capaz de comprar un Evangelio pequeño? ¡cuesta poco, eh! ¿comprar un Evangelio pequeño y llevarlo en el bolsillo, llevarlo en la cartera y cuando puedo, durante la jornada, leer un pasaje, para encontrar a Jesús allí? Nos harán bien estas dos preguntas. Que el Señor nos ayude

Entrevista al Papa Francisco:

¿Cómo y por qué leer la Biblia? Cuando el fiel católico lee la Escritura lo hace porque de esa manera se relaciona con nuestro Señor Jesús, el Cristo, el Hijo de Dios vivo, que habla a través de una Palabra escrita. ¡Éste es tal vez el gran desafío! Volver un poco la mirada al Señor de la Historia, para que podamos encontrarnos, no con un libro que habla del pasado y que es solo historia antigua, sino con la Palabra viva de Dios, para que a través de su lectura —tal como lo ha enseñado sabiamente la Iglesia— podamos entender el proyecto de Dios en nuestras vidas; entender el rumbo y el proceso por el cual nuestra vida llevará a un estilo, una forma determinada de ser cristiano, que nos diferencie de los demás.

En los testimonios escuchados durante el Sínodo hubo una corriente, que tal vez fue la más importante de todas. Llegó un momento en que se hablaba más de *Lectio Divina* (a lo que me referiré más adelante), que de Biblia. Y es que esta es la gran novedad del Sínodo de la Palabra. Al final del Sínodo, se sacó un hermosísimo mensaje al Pueblo de Dios que conviene leerlo, tanto por su brevedad, como por su belleza literaria. Allí se nos presentan, en forma muy poética, cuatro pilares fundamentales que debemos tener en cuenta:

1. La Voz de la Palabra: La Revelación
2. El Rostro de la Palabra: Jesucristo
3. La Casa de la Palabra: la Iglesia
4. Los Caminos de la Palabra: La Misión.

Este mensaje fue como una hermosa catapulta, para que todos los que trabajan por la difusión del conocimiento de la Biblia se sientan acogidos y bendecidos. Hay muchas expresiones que han sido verdaderamente reveladoras en estos años. Pero, sin duda alguna, las más notables tienen que ver con la espiritualidad cristiana que surge de la Biblia y el método de “lectura orante”, también llamado Lectio Divina.

¿Ha servido de algo el Sínodo de los Obispos sobre la Palabra de Dios?

Este es el fruto más claro. La Iglesia quiere que toda la pastoral y todos los estudios, en particular los teológicos, tengan una base bíblica. En segundo lugar, creo que se ha dado la experiencia de que contamos con la riqueza de la “Constitución sobre la Divina Revelación” del Concilio Vaticano II, la Dei Verbum, pero no ha sido conocida, aunque no ha perdido su actualidad. Muchos católicos, incluso seminaristas y servidores que participan en la Iglesia, no conocen esta constitución y, por supuesto, no la aplican. Un Sínodo de esta naturaleza nos ayuda a volver a centrarnos en algo específico de la fe católica, lo expuesto en esa constitución, que es dogmática y no todas las constituciones del Concilio son dogmáticas.

En segundo lugar, el Sínodo está diciendo que no hay que tenerle miedo a la Biblia, porque de Biblia se habla mucho, pero se conoce poco. Creo que esto ofrece grandes posibilidades. Hay que empezar a conocer un poco más las Sagradas Escrituras, no solo con cursos y talleres bíblicos, sino también con todo lo que implica la Biblia para la vida y la misión de la Iglesia.

En este sentido, un aspecto fundamental, que salió en los grupos de trabajo, es que la Palabra de Dios es la base para la oración. Yo insisto en esto: los católicos sabemos rezar, pero no sabemos orar; no tenemos práctica de oración. Son muy pocas las comunidades contemplativas. En general, la mayoría se ha conformado con una religiosidad popular.

Algo que llamó poderosamente la atención en el Sínodo fue el interés que se da por las revelaciones privadas. Hay supuestos videntes que envían mensajes a listas de difusión con todo tipo de “revelaciones”. Y a esto algunos les dan el mismo valor que a la Palabra de Dios. Este Sínodo ha ayudado a subrayar la diferencia entre revelación privada (propia de las apariciones) y la revelación pública, presente en Cristo, la Palabra, en la Escritura.

La oración es la respuesta a Dios que se comunica hoy conmigo, con nosotros, ahora. Al ser un diálogo, una respuesta a Dios, debe llevar indefectiblemente a un cambio de vida. La oración es diálogo, no monólogo, y Dios toma la iniciativa. Por este motivo, el método que ha favorecido el Sínodo es la Lectio Divina, la meditación orante de la Palabra de Dios. Sin exagerar, se ha mencionado en el aula unas 800 veces.

¿Por qué se ha hablado tanto de la Lectio Divina?

Porque las pocas experiencias que existen han sido totalmente transformadoras para las comunidades. La Palabra no solo nos habla, sino que nos alimenta. La relación entre Eucaristía y Palabra, que tanto se ha mencionado en el Sínodo, se descubre con la Lectio Divina.

Lectio Divina: Cómo entender el mensaje de Dios para nuestra vida. Pasaron dos años antes de que el Santo Padre diera publicidad a su Exhortación Postsinodal. Un gran énfasis del documento está en la segunda parte, donde el Papa se refiere expresamente a la vida eclesial y habla directamente sobre el tema: Leemos en la Exhortación Apostólica *Verbum Domini*:

“El Sínodo ha vuelto a insistir más de una vez en la exigencia de un acercamiento orante al texto sagrado como factor fundamental de la vida espiritual de todo creyente, en los diferentes ministerios y estados de vida, con particular referencia a la Lectio Divina.

En efecto, la Palabra de Dios está en la base de toda espiritualidad auténticamente cristiana... Recuerden que a la lectura de la Sagrada Escritura debe acompañar la oración.”(VD 86)

La lectura de la Biblia debe llevarnos a la oración. Aunque se ha escrito mucho sobre el tema de Lectio Divina —y yo mismo he escrito varios artículos— me parece más que oportuno terminar con las palabras textuales que el Papa expresa en la *Verbum Domini*:

“En los documentos que han preparado y acompañado el Sínodo, se ha hablado de muchos métodos para acercarse a las Sagradas Escrituras con fruto y en la fe. Sin embargo, se ha prestado una mayor atención a la Lectio Divina, que es verdaderamente ‘capaz de abrir al fiel no solo el tesoro de la Palabra de Dios, sino también de crear el

encuentro con Cristo, Palabra Divina y viviente’.”
(VD 87)

Quisiera recordar aquí brevemente cuáles son los pasos fundamentales: Se comienza con la **lectura** (*Lectio*) del texto, que suscita la cuestión sobre el conocimiento de su contenido auténtico: ¿Qué dice el texto bíblico en sí mismo? Sin este momento, se corre el riesgo de que el texto se convierta solo en un pretexto para no salir nunca de nuestros pensamientos.

Sigue después la **meditación** (*Meditatio*) en la que la cuestión es: ¿Qué nos dice el texto bíblico a nosotros? Aquí, cada uno, tanto personalmente como comunitariamente, debe dejarse interpelar y examinar, pues no se trata ya de considerar palabras pronunciadas en el pasado, sino en el presente.

Se llega sucesivamente al momento de la **oración** (*Oratio*), que supone la pregunta: ¿Qué le decimos nosotros al Señor como respuesta a su Palabra? La oración de petición, intercesión, agradecimiento y alabanza, es el primer modo con el que la Palabra nos cambia.

Por último, la Lectio Divina concluye con la **contemplación** (*Contemplatio*), durante la cual aceptamos como don de Dios su propia mirada al juzgar la realidad, y nos preguntamos: ¿Qué conversión de la mente, del corazón y de la vida nos pide el Señor? San Pablo, en su Carta a los Romanos, dice: “No vivan ya según los criterios del tiempo presente; al contrario, cambien su manera de pensar para que así cambie su manera de vivir y lleguen a

conocer la voluntad de Dios, es decir, lo que es bueno, lo que le es grato, lo que es perfecto” (12,2). En efecto, la contemplación tiende a crear en nosotros una visión sapiencial, según Dios, de la realidad y a formar en nosotros “la mente de Cristo” (1 Corintios 2,16).

La Palabra de Dios se presenta aquí como criterio de discernimiento: “Es viva y eficaz, más tajante que la espada de doble filo, penetrante hasta el punto donde se dividen alma y espíritu, coyunturas y tuétanos. Juzga los deseos e intenciones del corazón” (Hebreos 4,12).

Conviene recordar, además, que la Lectio Divina no termina su proceso mientras no se llega a la **acción** (*Actio*), que mueve la vida del creyente a convertirse en don para los demás por la caridad. (VD 87). Este es un método sencillo y probado de estudio y reflexión bíblica que habilita al católico laico a conocer mejor y defender su fe y avanzar por el camino de la purificación y la santificación.

Dios nos salva por la conversión, su generosidad para con nosotros fue inmensa, su muerte en la cruz sólo se puede explicar con un amor infinito y al mismo tiempo lo mucho que nos valora y por todos los medios quiere que lleguemos a ser felices eternamente. Instituye los siete sacramentos, canales por donde se nos transmite la gracia y nos unimos a Dios, sobre todo por medio de la Eucaristía. y se queda con nosotros de una forma real y misteriosa en la Eucaristía.

LAS OFRENDAS EN LA EUCARISTÍA

El filósofo griego platón decía que no había nada mejor para un hombre virtuoso que mantener el contacto con la divinidad mediante ofrendas, oraciones y votos.

El hombre siempre sintió la necesidad y la protección de Dios. Dios se manifiesta al hombre a través de la creación, del corazón, de la conciencia. La mejor forma de acercarse a Dios es por medio de la oración, también de las ofrendas, que llevan el reconocimiento implícito de la idea de Dios, creador, Señor y último fin. El hombre por medio de la ofrenda quiere decir a Dios que desea su amistad, le reconoce como su Señor y como se siente pecador quiere reparar su mal comportamiento.

La ofrenda, en sí, no es meramente un regalo de más o menos valor, sino un **signo, un símbolo**, el portador de un mensaje. Es algo material que sirve de mensajero entre dos espíritus, el espíritu del hombre y Dios que es espíritu. Por lo tanto lo que importa es el afecto con que se da, algo que brota de lo más hondo del corazón. Si en la ofrenda falta la interioridad sana, humilde, afectiva y devota, este gesto del regalo sería vacío, insincero, una mentira.

Por medio de la ofrenda le digo a Dios: Esto es lo mejor que tengo, representa mi buena disposición a aceptar la voluntad de Dios en mi vida y quiero que mi vida sea una alabanza, una adoración continua a mi Dios, mi dueño.

Este es el significado del regalo, de la ofrenda: una súplica amorosa, sincera y agradecida por los dones recibidos, como es la vida.

EL OFERTORIO IMPLICA GRATITUD A DIOS

A estos dones ofrecidos a la divinidad se le llaman sacrificios, por eso podemos decir que los dones u ofrendas ofrecidos a Dios se convierten en algo sagrado. El ofrecimiento a Dios de un regalo visible adquiere una profundidad y un singular valor porque se establece una relación entre el hombre y la divinidad.

Cuando el hombre empieza a comprender lo que significa Dios para él, siente que un abismo separa a su propia nada y pecado de su infinita Grandeza, Bondad, Santidad. No obstante todo su ser suspira por Dios, todo su ser siente atraído por Dios,, como el imán atrae al hierro, como el sol atrae a la tierra, como el indefenso niño camina hacia su madre.

La ofrenda es un movimiento hacia Dios, un intento de salvar ese abismo que nos separa de Dios, la necesidad de asegurarse la buena voluntad y amistad de Dios.

Nuestro homenaje se convierte en adoración y en deseos de agradar y servir, en completa entrega y sumisión. Así Santo Tomás de Aquino dice que el sacrificio externo representa el sacrificio espiritual interno, por el cual el alma se ofrece a Dios, su creador y en quien ha de encontrar la felicidad.

Y lo más importante es que en la consagración estos dones, el pan y el vino que nosotros ofrecemos a Dios,

se van a convertir en el cuerpo y en la sangre de Jesucristo, en la persona de Jesucristo que juntamente con nosotros ruega al Padre por nosotros, nos une a Él y por lo tanto también al Padre y al Espíritu Santo.

EL OFERTORIO ES UN ANTICIPO A LA EUCARISTÍA

El ofertorio o presentación de los dones, prepara el sacrificio. Este gesto material tiene un sentido profundo.

Esta acción exterior, materia del ofrecimiento del pan y del vino tiene un sentido interior, el ofrecimiento de nuestra vida, con todo lo que conlleva, nuestras debilidades, también nuestras buenas acciones, reconociendo a Dios, como nuestro Señor. Estos dones se transformarán en el Cuerpo y en la Sangre de Jesucristo. A Dios le agrada nuestra colaboración, el pan y el vino son fruto de la tierra, también del trabajo del hombre y es lo mejor que tenemos para dárselo a Dios.

Este gesto externo, material, de preparar los dones se comprenderá, cada vez más, como un prepararse interiormente ante la cercanía del Señor que busca a los cristianos en sus ofrendas. En realidad “se hace patente que el verdadero don del sacrificio conforme a la Palabra somos nosotros, o hemos de llegar a serlo, con la participación en el acto con el que Jesucristo se ofrece a sí mismo al Padre”.

Los elementos de la tierra son trans-substanciados, arrancados, por así decirlo, de su enraizamiento creatural, asumidos en el fundamento más profundo de su ser y transformados en el Cuerpo y la Sangre del Señor. Nosotros

mismos, participando de esta acción, somos transformados y nos convertimos en el verdadero Cuerpo de Cristo.

La Eucaristía nos adentra en el acto oblativo de Jesús. No recibimos solamente de modo pasivo la Palabra, sino que nos implicamos en la dinámica de su entrega. Él nos atrae hacia sí”.

Es Dios mismo quien actúa en la plegaria eucarística, también nosotros, nosotros nos sentimos atraídos hacia esta acción de Dios. En este camino que se inicia con la presentación de los dones, el sacerdote ejerce una función de mediación. Lo esencial es la acción de Dios, que a través de la plegaria eucarística quiere transformar a nosotros mismos y al mundo. Por este motivo, es lógico que a la plegaria eucarística nos acerquemos en silencio y rezando. Y resulta obligado que el proceso exterior de la presentación de los dones se corresponda con un proceso interior: “la preparación de nosotros mismos; nos ponemos en camino, nos presentamos al Señor; le pedimos que nos prepare para la transformación. El silencio común es, por tanto, oración común, incluso acción común; es ponerse en camino desde el lugar de nuestra vida cotidiana hacia el Señor.

Así pues, el momento del Ofertorio, “gesto humilde y sencillo, tiene un sentido profundo: en el pan y el vino que llevamos al altar representa que toda la creación es asumida por Cristo Redentor para ser transformada y presentada al Padre”. Es lo que podríamos denominar el carácter cósmico y universal de la celebración eucarística.

El ofertorio prepara la celebración y nos inserta en el misterio de la fe que se realiza en la Eucaristía: el mundo

nacido de las manos de Dios creador retorna a Él redimido por Cristo”.

“Bendito seas Señor, Dios del universo, por este pan y este vino, fruto de la tierra y del trabajo del hombre, que recibimos de tu generosidad y ahora te presentamos, ellos serán para nosotros comida y bebida de salvación.

Por otra parte, “llevamos también al altar todo el sufrimiento y el dolor del mundo, conscientes de que todo es precioso a los ojos de Dios”. En realidad, “el celebrante, en cuanto ministro del sacrificio, es el auténtico *sacerdote*, que lleva a cabo –en virtud del poder específico de la sagrada ordenación– el verdadero acto sacrificial que lleva de nuevo a los seres a Dios. En cambio los que participan en la Eucaristía, sin sacrificar como Él, ofrecen con Él, en virtud del sacerdocio común, sus propios *sacrificios espirituales*, representados por el pan y el vino, desde el momento de su preparación en el altar”.

Este acto de las ofrendas, nos debe llevar al camino de conversión, que necesita ser más intenso e inmediato, en este momento previo, a la plegaria eucarística. Por otra parte el gesto de presentación de los dones y la actitud con que se realiza, estimulan los deseos de conversión y oblación de la propia persona.

EL OFERTORIO ES UNA VIVENCIA DE LA FE

El sacerdote concluye la presentación de los dones, dirigiéndose a los fieles pidiéndoles que recen para que: *este sacrificio mío y vuestro sea agradable a Dios, Padre todopoderoso*. “Tales palabras tienen un valor de compromiso en cuanto expresan el carácter de toda la liturgia eucarística y la plenitud de su contenido tanto

divino como eclesial”. Y lo mismo podría decirse de la respuesta de los fieles: *el Señor reciba de tus manos este sacrificio para alabanza y gloria de su nombre, para nuestro bien y el de toda su santa Iglesia*. Así pues resulta lógico que “la conciencia del acto de presentar las ofrendas, debería ser mantenida durante toda la Misa”, pues los fieles deben aprender a ofrecerse a sí mismos al ofrecer la hostia inmaculada, no sólo por manos del sacerdote sino también juntamente con él.

Ordinariamente las personas temen al futuro, quieren asegurarse el futuro. La experiencia nos dice que es algo incierto, por eso buscan con todas sus fuerzas el porvenir, pensando la mayoría de las veces sólo en lo material. Ahí está la equivocación, es necesario el dinero, tratar de dar a los hijos una buena formación integral, esforzarse en que a la familia no les falte nada. Todo esto es necesario y debe ser muy gratificante para el que consigue estos resultados. Pero la persona es trascendencia, es también espíritu. Necesita comunicarse con quien puede solucionar sus problemas, con Dios. ¿Puede el hombre solucionar el problema de la muerte? Sólo Dios nos puede dar seguridad, paz y alegría, si nos dejamos salvar. Es nuestro Padre lleno de misericordia.

El Papa Francisco dice en la Encíclica Luz de la Fe: “Crear significa confiarse a un amor misericordioso, que siempre acoge y perdona, que sostiene y orienta en la existencia, que se manifiesta poderoso en su capacidad de enderezar lo torcido de nuestra historia. La fe consiste en la disponibilidad para dejarse transformar una y otra vez por la llamada de Dios. He aquí la paradoja: en el continuo volverse al Señor el hombre encuentra un camino seguro,

que lo libera de la dispersión a la que lo someten los ídolos”.

“La fe es un don gratuito de Dios que exige humildad y el valor de fiarse y confiarse, para poder ver el camino luminoso del encuentro entre Dios y los hombres, la historia de la salvación”.

“Para la fe, Cristo no es solo aquel en quien creemos, la manifestación máxima del amor de Dios, sino también aquel con quien nos unimos para poder creer”.

“Jesús con su encarnación, con su venida entre nosotros, Jesús nos ha tocado y, a través de los sacramentos, también nos toca hoy; de este modo, transformando nuestro corazón, nos ha permitido y nos sigue permitiendo reconocerlo y confesarlo como Hijo de Dios. Con la fe, nosotros podemos tocarlo y recibir la fuerza de su gracia. San Agustín, comentando el pasaje de la hemorroísa que toca a Jesús para curarse afirma: Tocar con el corazón, esto es creer. También la multitud se agolpa en torno a Él, pero no lo roza con el toque personal de la fe, que reconoce su misterio, el misterio del Hijo que se manifiesta en el Padre.

Cuando estamos configurados con Jesús, recibimos ojos adecuados para verlo”.

EL TESTIMONIO DE LA FE DE NUESTROS ANTEPASADOS

Un buen amigo mío, Dr. Don Manuel Longa Pérez, me envió unas presentaciones, que adjunto a este folleto. Es parte del patrimonio que dejaron los antepasados de

Ribadumia y Leiro a sus descendientes. Sus herederos, los creyentes de Ribadumia y Leiro, conservan, con mucho interés, este patrimonio, son las huellas de sus antepasados, que siguen viviendo de otra forma, pero siempre amando a su familia, pidiendo por ella, para compartir un día todos juntos una felicidad eterna.

Este patrimonio representa la fe en la que vivieron y murieron nuestros mayores. Una fe comprometida, sincera y alegre. Defendamos nuestra fe, nuestra cultura cristiana, no permitamos que nos cambien nuestra cultura impregnada por la fe de nuestros seres queridos.

I. Iglesia Parroquial de Santa Eulalia de Ribadumia



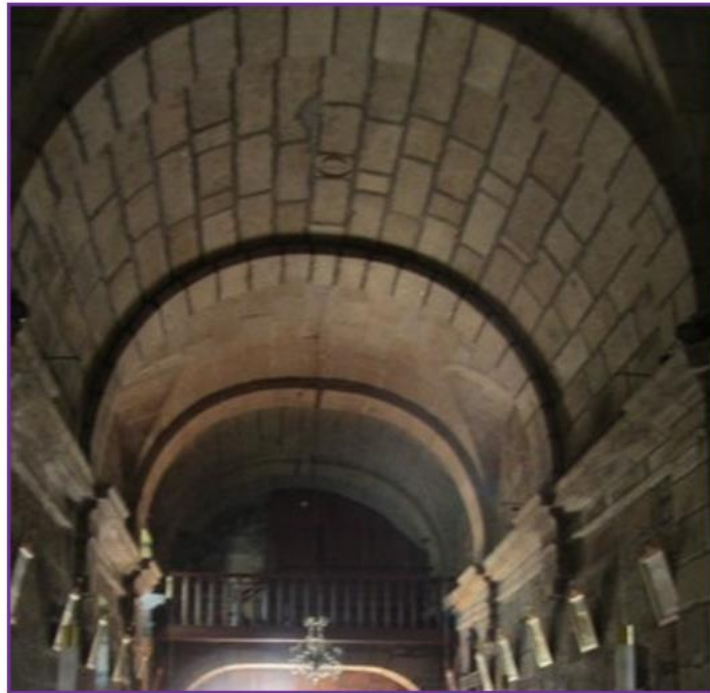


Reconocimiento a D. Dositeo que lleva toda su larga vida dedicado al cuidado pastoral de la parroquia.



Monumento funerario en el atrio del templo

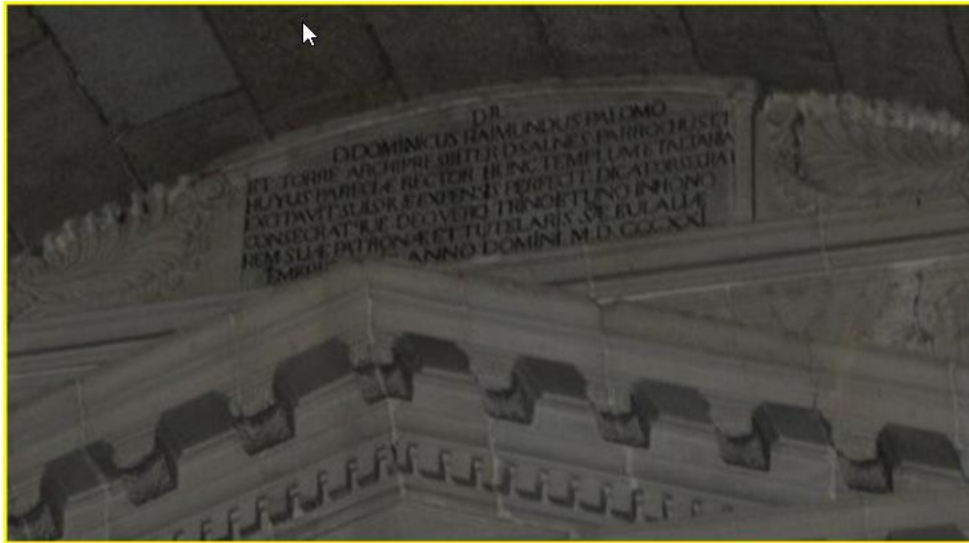
L3





Retablo mayor del templo





Por la inscripción sabemos que el arcipreste y párroco Dr. Domingo Ramón Palomo y Torre promovió y, como mecenas, llevó a término el templo y sus altares. Año del Señor de 1821



Altars laterales





Advocaciones marianas, del Rosario, y de Fátima



Crucero artístico bien conservado.

Tiene las mismas características que el de Besomaño (en Aldea da Bouza), aunque con alguna imagen menos en la columna.







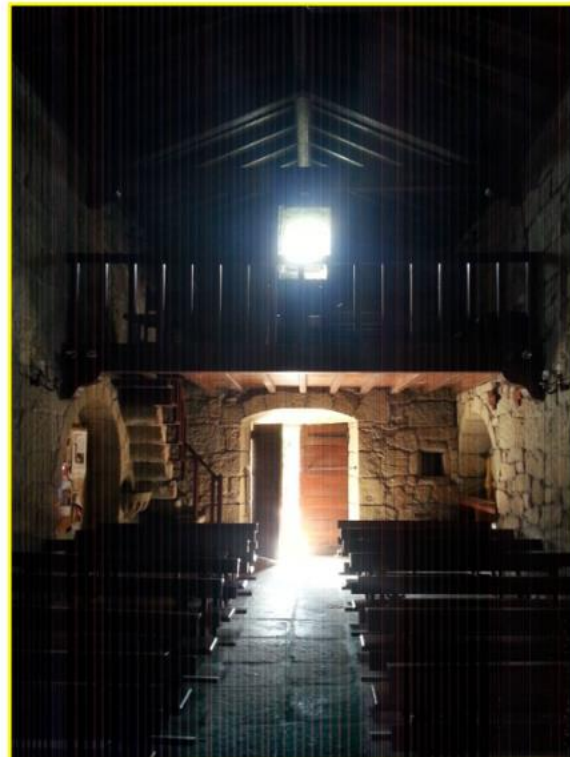
Casa rectoral

II. Iglesia Parroquial de San Xoan de LEIRO





Con los signos de Apóstol y Evangelista



23



San Juan



Altar central



Capilla del lado izquierdo

Una singular representación del Sagrado Corazón de Jesús



Ángeles recogiendo la Preciosa Sangre del Señor Crucificado aparecen con cierta frecuencia en cuadros y también en los cruceros, tan abundantes en Galicia.

Pero situar este motivo escultórico en la representación del Sagrado Corazón no es nada habitual. En esta pequeña Iglesia del Salmés ocupa el puesto central en el retablo.

Iglesias y Cruceros en Ribadumia (Pontevedra)

Fotografía y notas, Manuel Longa Pérez
18 de mayo de 2016



**Los padres unidos
hacen felices a los
niños**

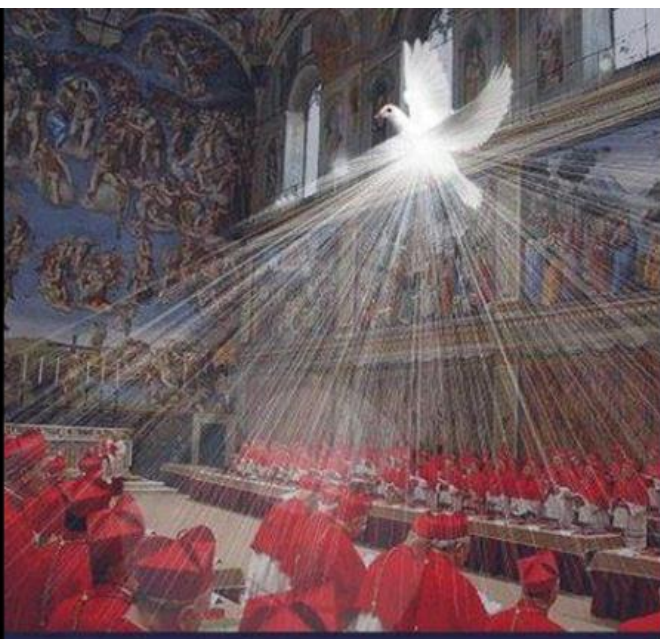


EN LA VIDA ALGUIEN NOS GUÍA

DIOS ES AMOR



“El Espíritu Santo es el que mueve la Iglesia, es aquél que trabaja en la Iglesia, en nuestros corazones, es el que hace de cada cristiano una persona distinta a la otra, pero de todos juntos hace una unidad”.





“Es aquél que lleva adelante, abre las puertas de par en par
y te invita a dar testimonio de Jesús”.

“Es aquél que en nosotros nos enseña a mirar al Padre y a decirle:
‘Padre’. Nos libra de esa condición de huérfano
a la que el espíritu del mundo nos quiere llevar”.



“El Espíritu Santo es el protagonista de la Iglesia viva.
Es aquél que trabaja en la Iglesia”. Pero hay un peligro:
“que cuando no vivimos esto, cuando no estamos en lo alto de esta misión
del Espíritu Santo” reduzcamos “la fe a una moral, una ética”.



**EL CRISTIANISMO ES UN ENCUENTRO CON LA
PERSONA DE JESUCRISTO Y ES EL ESPÍRITU SANTO
EL QUE NOS LLEVA A ESE ENCUENTRO**

**EL CRECIMIENTO EN LA FE Y EN LA VIDA
ESPIRITUAL ES OBRA DEL ESPÍRITU SANTO.**



**LA ALEGRÍA DEL EVANGELIO LLENA NUESTRO CORAZÓN,
SIEMPRE DE ESPERANZA. DIOS SIEMPRE ACUDE EN NUESTRA
AYUDA, EN LOS PROBLEMAS DE LA VIDA**



LA ALEGRÍA DE LA FE DEBE SER COMPARTIDA



Una cualidad del misionero es la "docilidad"
"Que más que las insatisfacciones" que atrapan "a nuestros jóvenes de hoy"
la voz del Espíritu Santo "les lleve a ir más allá, a 'quemar'
la vida por las causas nobles".



LOS CREYENTES DEBEMOS SER SOLIDARIOS



"El misionero va sin saber qué le espera".
"Sabe que no será fácil la vida, pero va adelante".



**LOS CREYENTES EN JESUCRISTO CELEBRAMOS LA
NAVIDAD EN FRATERNIDAD, PORQUE EL MISMO DIOS NOS
VIENE A SALVAR POR AMOR**



Compartiendo la alegría, la fraternidad, la solidaridad, desde la infancia, las alegrías y las penas



"Roguemos al Señor que nos dé la gracia, porque es tanta, tanta la fuerza del diablo, del pecado que nos empuja a la desunión".
"Que nos dé la gracia, que nos dé el don: y ¿cuál es el don que hace la unidad? ¡El Espíritu Santo!". "que nos dé este don que hace la armonía, porque Él es la armonía, la gloria en nuestras comunidades."



El 15 de mayo dijo en la Fiesta de Pentecostés:
La misión de Jesús, culminada con el don del Espíritu Santo, tenía esta finalidad esencial: restablecer nuestra relación con el Padre, destruida por el pecado; apartarnos de la condición de huérfanos y restituirnos a la de hijos.





El misterio y el encanto de la Navidad (Dios vino a salvarnos)

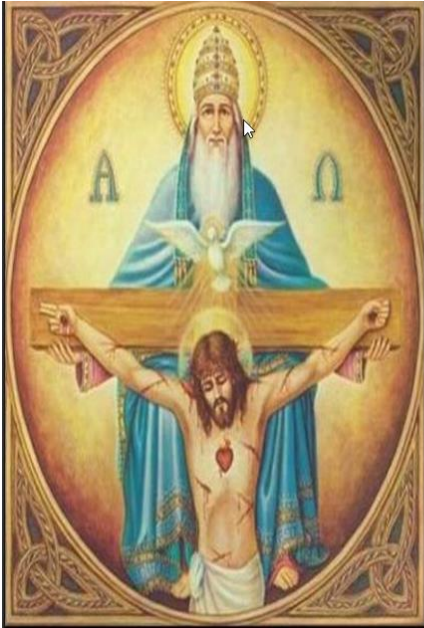


A todo esto se opone la condición de hijos, que es nuestra vocación originaria, aquello para lo que estamos hechos, nuestro «ADN» profundo que, sin embargo, fue destruido y se necesitó el sacrificio del Hijo Unigénito para que fuese restablecido.



«No os dejaré huérfanos».
 Hoy, fiesta de Pentecostés,
 estas palabras de Jesús nos hacen pensar
 también en la presencia maternal de María en
 el cenáculo. La Madre de Jesús está en medio
 de la comunidad de los discípulos,
 reunida en oración: es memoria viva del Hijo
 e invocación viva del Espíritu Santo.





Santísima Trinidad

Solemnidad

¡Qué admirable, Señor, es tu poder!

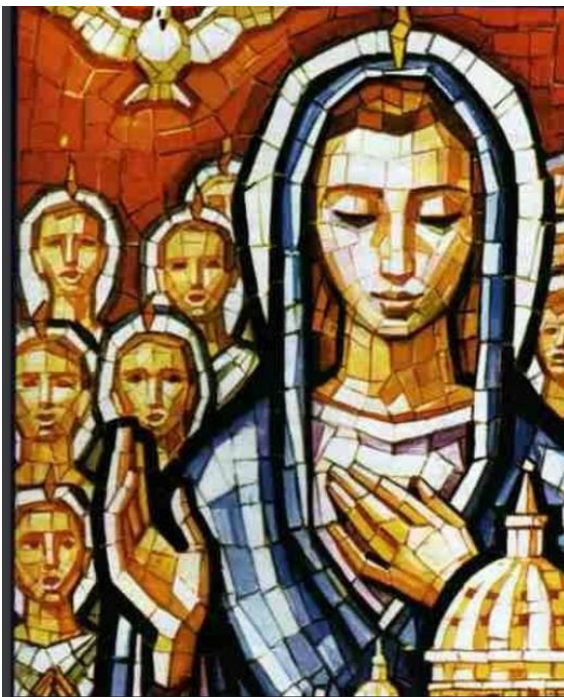
Escúchanos, Señor



“En el cielo nos quedaremos gratamente sorprendidos al conocer todo lo que María Auxiliadora ha hecho por nosotros en la tierra.”
(San Juan Bosco)



Podemos mirarnos como hermanos, y nuestras diferencias harán que se multiplique la alegría y la admiración de pertenecer a esta única paternidad y fraternidad.



Es la Madre de la Iglesia.
 A su intercesión confiamos de manera particular a todos los cristianos, a las familias y las comunidades, que en este momento tienen más necesidad de la fuerza del Espíritu Paráclito, Defensor y Consolador, Espíritu de verdad, de libertad y de paz.



**DIOS COMPARTIÓ SU VIDA CON NOSOTROS, EN TODO,
MENOS EN EL PECADO**



DIOS QUIERE MI FELICIDAD